

RUBEN DARIO «FIN DE SIGLO»

POR

LUIS S. GRANJEL

En el presente trabajo quiero evocar, de la existencia de Rubén Darío, el episodio de sus estancias en España, en Madrid, y de ellas, por ser la más importante, sobre todo la segunda, que dio comienzo al iniciarse el año 1899 y concluyó en la primavera del siguiente año. Tuvo entonces lugar su encuentro con los literatos de la promoción de la Regencia, y de tales fechas data también la más temprana relación de Rubén Darío con los poetas españoles de la generación de 1886.

ESTANCIAS EN ESPAÑA

La primera visita de Rubén Darío a España, recién cumplidos los veinticinco años, tuvo lugar en 1892; antes de finalizar dicho año, decisivo en su vida, el poeta haría el descubrimiento de París, ciudad en la que tuvo por guías a Enrique Gómez Carrillo y sobre todo a Alejandro Sawa, a quien después reencontró en Madrid. Llegó a la capital de España en 1892 Rubén Darío como miembro de la delegación que Nicaragua enviaba a los actos conmemorativos del IV Centenario del Descubrimiento. Al margen de las celebraciones oficiales, el joven Rubén se adentra, interesado, en el conocimiento de los círculos literarios de la Corte; trata a Salvador Rueda, y para encabezar su obra *En tropel*, escribe el poema «Pórtico» (1). Recordando este período de su vida en la *Autobiografía* que escribió en 1912 (2), relata cómo hizo amistad con Castelar y el afecto con que le acogió Gaspar Núñez de Arce; hace mención a las reuniones literarias que organizaba en su casa doña Emilia Pardo Bazán, a las que asistió, y proclama su deuda de gratitud con el doctor Verdes Montenegro por haberle presentado a Campoamor; «uno de mis mejores amigos fue

(1) La relación de Salvador Rueda con Rubén Darío, la valoración del influjo por ambos ejercido en la difusión del «modernismo», ha sido objeto de varios estudios cuya mención no cabe aquí realizar: su primer planteamiento se nos ofrece en la obra de ANDRÉS GONZÁLEZ-BLANCO: *Salvador Rueda y Rubén Darío* (Madrid, 1908).

(2) *Obras completas*; I; Edit. A. Aguado; Madrid, 1950.

don Juan Valera», puntualiza, y añade cómo en la tertulia que en su hogar se reunía todos los viernes tuvo oportunidad de conocer a don Miguel de los Santos Alvarez; trató a Zorrilla, y por intermedio de Núñez de Arce, a don Antonio Cánovas del Castillo. Como escritor, Rubén Darío era, en 1892, el autor de *Azul* (3), obra favorablemente comentada por Juan Valera en una de sus «Cartas americanas» (1898). Importa destacar cómo las amistades literarias anudadas por Rubén Darío durante su primera estancia en Madrid, hecha excepción de la que entonces inicia con Salvador Rueda, no pueden justificarse por identidades en preferencias literarias, lo que no impidió, sin embargo, que Rubén reafirmara en 1899 su relación con aquellos escritores (Campoamor y Núñez de Arce, Juan Valera y la condesa de Pardo Bazán) y recordara complacido esta amistad en varios artículos de *España contemporánea* (4) y luego en la *Autobiografía*.

Una de las crónicas reproducidas en *España contemporánea* transcribe en detalle una conversación suya con Núñez de Arce; en otro artículo, también incluido en el libro que menciono, Rubén Darío emite opinión sobre la obra poética de Manuel del Palacio, Grillo y Manuel Reina; el mismo libro recoge su criterio acerca de la labor crítica cumplida por Juan Valera y *Clarín*. En la *Autobiografía*, aludiendo a su segunda estancia en la Corte, escribe: «Intimé con el pintor Moreno Carbonero, con periodistas, como el marqués de Valdeiglesias, Moya, López Ballesteros, Ricardo Fuente, Castrovido, mi compañero en *La Nación* Ladevese, Mariano de Cavia y tantos más. Volví a ver a Castelar, enfermo, decaído, entristecido, una ruina, en vísperas de su muerte»; Fernando Díez de Mendoza le presentó a don José Echegaray, y en la librería de Fernando Fe entabla relación con Eugenio Sellés y Manuel del Palacio; en las veladas, a las vez literarias y sociales, de la condesa de Pardo Bazán, torna a dialogar con Valera y Campoamor; conoce al doctor Tolosa Latour, a los cronistas de salones *Montecristo* y *Kasabal*, al político conservador Romero Robledo y al escritor festivo Luis Taboada; también en 1899, dice Rubén Darío en su *Autobiografía*, «trate al maestro Galdós» y «renové mis coloquios con Menéndez y Pelayo».

Retorna Rubén Darío a España, tras su experiencia parisina, queda dicho, al iniciarse el año 1899; breve fue también esta segunda estancia suya en Madrid, pues puso a ella fin en abril del siguiente año; en los siete años transcurridos desde 1892, el poeta había publicado,

(3) La bibliografía de Rubén Darío anterior a 1892 comprende las siguientes obras: *Primeras notas* (Managua, 1885); *Abrojos* (Santiago de Chile, 1887); *Emilina*—novela—(Valparaíso, 1887); *Las rosas andinas* (Valparaíso, 1888), y *Azul...* (Valparaíso, 1888; en 1890 esta obra fue reimpresa en Guatemala).

(4) *Obras completas*; III; Edit. A. Aguado; Madrid, 1950.

en Buenos Aires, en 1896, *Prosas profanas y otros poemas*, y en la misma fecha, en París, *Los raros*. Viene a Madrid Rubén Darío como corresponsal del diario argentino *La Nación*, con la misión de dar a conocer a los lectores del periódico bonaerense la España del Desastre; las crónicas que escribió, fechadas entre el 3 de diciembre de 1898 y el 7 de abril de 1900, pasaron a componer en 1901 el libro *España contemporánea*, obra de lectura obligada para rehacer el período de la vida de Rubén Darío, que aquí se rememora y cuya información, en parte, se repite en la *Autobiografía*. En la primera de las crónicas que escribió desde Madrid (4 de enero de 1899), Rubén hace esta descripción de la Corte a sus lectores argentinos: «dos cafés, llenos de humo, rebosan de desocupados; entre hermosos tipos de hombres y mujeres, las gestas de Cilla, los monigotes de Xaudaró se presentan a cada instante; Sagasta Olímpico está enfermo; Castelar está enfermo; España ya sabéis en qué estado de salud se encuentra, y todo el mundo, con el mundo al hombro o en el bolsillo, se divierte: ¡Viva mi España! Acaba de suceder el más espantoso de los desastres; pocos días han transcurrido desde que en París se firmó el tratado humillante en que la mandíbula del yanqui quedó por el momento satisfecha después del bocado estupendo: pues aquí podría decirse que la caída no tuviera resonancia». Y concluye: «Hay en la atmósfera una exhalación de organismo descompuesto.»

Los artículos que luego pasaron a integrar el volumen *España contemporánea*, salvo uno, muy importante, fechado en Barcelona el 1 de enero de 1899, y otro donde relata un viaje suyo por tierras de Avila, todos tienen por tema la actualidad política y social madrileña y también la vida literaria en la Corte; una crónica se ocupa del rey, aún niño, y en otro artículo habla de la aristocracia; da noticias sobre el mundillo teatral y comenta las exposiciones de arte; toda una crónica la consagra a la casa-museo de don José Lázaro Galdeano, el director y propietario de *La España Moderna*; en un artículo describe el carnaval madrileño y en otra crónica la Semana Santa, ocasión que aprovecha para exponer un duro comentario sobre la religiosidad española. No faltan referencias a la fiesta de toros; años después, en su *Autobiografía*, escribió: «Fuera de mis desvelos y expansiones de noctámbulo, presencié fiestas religiosas palatinas, fui a los toros y alcancé a ver a grandes toreros, como el Guerra», y termina afirmando: «Busqué por todas partes el comunicarme con el alma de España.» En los artículos publicados en *La Nación*, luego reproducidos en *España contemporánea*, hay asimismo referencias a las publicaciones periódicas del momento y noticias sobre libreros y editores; una crónica se ocupa de la Real Academia y los «inmortales»

y otro artículo comenta *La España negra*, de Verhaeren y Regoyos, obra entonces de actualidad.

Con posterioridad a 1900 retornó Rubén Darío a España en diversas ocasiones; de su viaje a Andalucía queda recuerdo en la obra *Tierras solares*; visitó Asturias en el verano de 1905; cuatro años después se instala en Madrid como ministro plenipotenciario de Nicaragua acreditado ante la Corte; a fines de 1912 se encuentra en Barcelona, y al siguiente año, invitado por Juan Sureda, conoce Mallorca. En el transcurso de estos años, Rubén Darío no dejó de mantener relación, personal y epistolar, con poetas y escritores de España, y su firma aparece con cierta regularidad en revistas minoritarias y en algunos diarios de Madrid; en España se editan, como se verá, varios de sus libros y las primeras colecciones de sus *Obras completas*.

AMISTADES LITERARIAS

Mencionada queda su aproximación a varios de los más representativos miembros de la generación literaria que vivía su momento de mayor prestigio en los años de la última década del siglo. Al tiempo que reanuda amistades iniciadas en 1892, Rubén Darío, en los meses de su segunda estancia en Madrid, entra en relación con los componentes de la promoción de la Regencia, «noventayochistas» y «modernistas», y a un tiempo con periodistas, poetas y simples bohemios identificados con estos escritores jóvenes en su actitud rebelde ante los valores consagrados.

En varios artículos, luego reproducidos en *España contemporánea*, Rubén Darío dio a conocer a sus lectores de Buenos Aires a algunos de aquellos literatos jóvenes; en el artículo «La crítica» (5) menciona la labor que entonces cumplían Llanas Aguilaniedo («un estudioso y un reflexivo»), el futuro *Azorín* («curioso y aislado en el grupo de la juventud española que piensa») y Ramiro de Maeztu, un «vasco nietzschista»; en la *Autobiografía* se recoge una nueva mención a Llanas Aguilaniedo y se cita a Manuel Bueno («ilustrado y combativo, célebre como crítico teatral») (6). En el artículo «La joven literatura» (7) se cita a Ganivet, Benavente y Manuel Bueno, y a sus nombres se suma, en la referencia, los de Antonio Palomero, el doctor Verdes Montenegro y Ricardo Fuente, entonces director del diario republicano *El País*. De Unamuno hace Rubén Darío un detenido comentario, destacando su interés por la literatura hispanoamericana.

(5) *Obras completas*; III: 324-31.

(6) *Obras completas*; I: 142.

(7) *España contemporánea*; *Obras completas*; III: 99-112.